

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Dunsinane. — *Apartamento en el castillo.* — UN DOCTOR DE MEDICINA. UNA DAMA DE LA CORTE. *Despues*
LADY MACBETH.

Doctor. **D**os noches os he acompañado en vuestra vigilia; pero no puedo descubrir la verdad del relato que me haceis. ¿Cuándo salió la última vez?

Dama. Desde que S. M. fue al campo, la he visto levantarse del lecho, ponerse la bata, abrir el armario, sacar papel, doblarlo, escribir, leer, cerrarlo, sellarlo, y volver á la cama. Y todo esto sumerjida en el mas profundo sueño.

Doctor. Grande perturbacion en la naturaleza; recibir á la vez los beneficios del sueño con los efectos de la vigilia. Y en esa soñolienta agitacion, ademas de su paseo y de otros movimientos materiales ¿qué le habeis oido decir?

Dama. La he oido, doctor, lo que no repetiré por ningun pretexto.

Doctor. A mí podeis repetirlo; y es muy propio y necesario que lo hagais.

Dama. Ni á vos ni á ningun viviente, á no tener testigos que confirmasen mis palabras. (*Entra lady Macbeth durmiendo y con una vela encendida.*) Pero alli viene. Esta es su acostumbrada actitud; y os aseguro que está profundamente dormida. Observadla, acercaos.

Doctor. ¿Cómo se procuró esa luz?

Dama. La tenia inmediata. Continuamente hay luz junto á su lecho; tal es su mandato.

:

Doctor. Tiene como veis los ojos abiertos. (*Depone lady Macbeth la luz, y se frota las manos como si se las lavase.*)

Dama. Sí; pero los sentidos cerrados.

Doctor. ¿Qué hace? ¿por qué se frota así las manos?

Dama. Es costumbre suya hacer frecuentemente como que se lava las manos. La he visto á veces continuar así un cuarto de hora seguido.

L. Macb. ¿Todavía está aquí la mancha!

Doctor. ¡Hola! ya habla: voy á apuntar lo que dice para satisfacer mas exactamente mi memoria.

L. Macb. ¡Fuera! ¡execrable mancha! ¡afuera digo! Una: dos. Entonces ya es tiempo de hacerlo. El infierno está oscuro. Vergüenza, mi señor, vergüenza. ¿Soldado y temeroso? ¿Qué nos importa que alguien lo sepa, si nadie puede pedir cuenta á nuestro poder? ¿Pero quién hubiera pensado que contenia tanta sangre el cuerpo del anciano?

Doctor. ¿Habeis oido?

L. Macb. Macduff, el señor de Fife, tenia una mujer. ¿Adónde está ahora? ¿Cómo? ¿Y nunca se limpiarán estas manos? No hablemos mas de eso, mi señor. No hablemos mas de eso. Todo lo desgraciais con vuestros estremecimientos repentinos.

Doctor. Señora, señora, habeis sabido lo que no debierais.

Dama. Ha dicho lo que no debiera: así es... pero solo el cielo sabe lo que ella ha sabido.

L. Macb. (*Huele las manos.*) El olor de la sangre está aquí todavía. Todos los perfumes de la Arabia no podrian purificar esta pequeña mano: ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Doctor. ¿Qué suspiros son esos? Su corazon está dolorosamente recargado.

Dama. No quisiera guardar semejante corazon en mi pecho por la dignidad y alteza de todo el cuerpo.

Doctor. Bien, bien, bien.

Dama. Pedid á Dios que sea para bien, doctor.

Doctor. Está enfermedad está mas allá de mi prác-

tica. Sin embargo, he conocido algunos que andaban durmiendo y que han muerto santamente en sus camas.

L. Macb. Lávate esas manos. Ponte la bata de dormir. No estés tan pálido. Otra vez te digo y te repito que yace Banquo enterrado y que no puede salir de su huesa.

Doctor. ¿Y eso tambien?

L. Macb. Á la cama, á la cama: llaman á la puerta. Vamos, vamos: dame la mano: lo que está hecho no se puede deshacer: á la cama, á la cama. (*Vase lady Macbeth.*)

Doctor. ¿Y se va á acostar ahora?

Dama. Inmediatamente.

Doctor. Corren misteriosos rumores. Los actos bastardos enjendran bastardas consecuencias. Los ánimos inficionados descargan sus secretos en las sordas almobadas. Mas necesidad tiene de sacerdotes que de médicos. Dios nos perdone á todos. Cuidadla: quitad de su presencia los medios de vejacion y de suicidio: no la perdaís de vista. Buenas noches, pues. Ha confundido mi mente y deslumbrado mis ojos. Picuso, pero no me atrevo á hablar.

Dama. Buenas noches, buen doctor.

ESCENA II.

Campo en las cercanias de Dunsinane. — Entran MENTETH, CATHNESS, ANGUS, LENOX y SOLDADOS con tambores y banderas.

Ment. Cerca está la hueste inglesa
adonde viene Malcolm;
el buen Siward la acaudilla
y la acompaña Macduff;
arde en todos la venganza;
y no dudo que su voz,
á los mismos relijiosos
arranque de la oracion,

para que lidien bizarros;
y la sangre que les dió
la Escocia por ella viertan.

Angus. Marchemos, pues, sin temor
hácia el bosque de Birnam,
que por él pasa Malcolm.

Cat. ¿Se sabe si está con ellos
Donalbain?

Lenox. Creo que no.
De todos los caballeros
tengo yo exacto padron:
el hijo de Siward viene,
mandando imberbe escuadron
de donceles, que aquí esperan
en el combate feroz,
hacer su primer protesta
de virilidad y honor.

Ment. ¿Y el tirano?

Cat. Con robusta
triple fortificacion
corona de Dunsinane
la escarpada elevacion.
Dicen unos que está loco;
otros con mas compasion
le llaman valiente furia;
mas no hay humano valor,
que una causa tan obesa
abroche en el cinturon
de la dorada esperanza.

Angus. Ahora con fiero aguijon
le atraviesan los costados
su asesinato y traicion:
ahora acusa sus maldades
turbulenta sedicion;
y si manda le obedecen
por miedo, no por amor:
ahora siente que anda suelto
su título en derredor,
como ropa de gigante
que envuelve á enano ladron.

Ment. ¿Y quién criticará entonces
que recedan con horror
sus pestilentes sentidos,
si eterna condenacion
fulmina dentro del pecho
desmayado el corazon?

Cat. ¡ Bien! Marchemos arrojados
y prestemos sumision
á quien sumision se debe;
búsquese quien al dolor
de la república enferma
encuentre mitigacion;
y purguemos nuestra patria
junto al noble campeon,
derramando, si es preciso,
cuanto encarnado licor
fluye en las hinchadas venas.

Lenox. Ó el que en su alta prevision
precise para regar
nuestra soberana flor;
y para ahogar la cizaña
que marchita su esplendor:
marchemos para Birnam.

Todos. Marchemos. ¡Viva Malcolm!

ESCENA III.

Apartamento del castillo de Dunsinane. — Entran
MACBETH, UN MÉDICO y ACOMPAÑAMIENTO. *Luego UN*
CRIADO y SEITON.

Macb. Basta ya de noticias ominosas;
huyan todos cobardes mi bandera;
no tengo que temer, si belicosas
las arboledas de Birnam frondosas,
no mueven contra mí planta lijera.

¿Ni quién ese Malcolm el muchachuelo?
¿no nació de mujer? intenta en vano
contra mi gloria alzar osado vuelo:
espíritus que saben cuanto al cielo
le plugo decretar con fuerte mano,

Me dijeron: "Macbeth, nunca vencido
tu poder se verá, por ningún hombre
de cuantos hayan de mujer nacido."
Fúguese un noble y otro fementido,
mas tiemblen al oír cerca mi nombre.

Epicúreos ociosos de Inglaterra,
recibid mis traidores palaciegos;
que el fuerte corazón que el pecho encierra
y el ánimo atrevido en paz y en guerra,
vuestro amago desprecia y vuestros ruegos.

(*Entra un criado.*)

¡El diablo te dé color,
villano de la faz livida!

¿Qué me anuncia tu temblor?

Criado. Son mas de diez mil, señor.

Macb. ¿Diez mil grajos, alma tímida?

Criado. Soldados.

Macb. Pica, rufian,
el pecho helado y la frente;
que sin sangre ambos estan;
esos soldados serán
enjendro de tu vil mente.

Criado. Las fuerzas inglesas vi.

Macb. ¿Fuera! enferma mi alma
oyéndole hablar así.

¡Seiton! Seiton, ven aquí;
no me abandone la calma.

Por siempre se consolida
hoy mi gloria ó se snjeta.
Bastante gocé la vida;
ya está la senda obstruida
y no descubro la meta.

La flor de la senectud,
cuyo aroma es la obediencia;
respeto en la juventud;
y de provecta virtud
honores y reverencia,

No guarda para mí el mundo,
ni me guarda un pecho amigo;
maldecir solo iracundo,

alto no, pero profundo;
y oculto hábito enemigo;

Y sé que el labio pregona
y desmiente el corazón,
circundarán mi corona;
mientras el pavor la festona...
¡Seiton! ¡Seiton! ¡Maldición!

(*Entra Seiton.*)

¿Fue la noticia segura?

Seiton. Se confirman los sucesos.

Macb. Lidiaré en batalla dura
hasta que hecha picadura
quede la carne en mis huesos.
Mi yelmo; mis brazaletes.

Seiton. Aun no es preciso, señor.

Macb. ¿La armadura! cien jinetes
con rápidos martinetes
batan el campo en redor.

Á la horca suban sin mas
cuantos manifiesten miedo.

¡Mi armadura! Tú verás. (*Al médico.*)
cual no brillaron jamas,
doctor, mi fuerza y denuedo.

¿Cómo sigue la paciente?

Médico. No tan grave, mi señor,
como turbada, impaciente
y combatida la mente
de quimérico pavor.

Macb. Cura, pues, su fantasía.

¿No sabes tú recetar
á un ánimo en agonía?

¿No puedes la pena impía
del cerebro desraigar,

Ni raer el dolor grave
de la memoria ulcerada,
con antídoto suave
que de ella recuerdos lave
y la deje reposada?

¿No puede tu profesion
el panzoñoso relleno

que atormenta la razon
arrancar del corazon
y cicatrizar el seno?

Médico. Esa afeccion peregrina
solo el enfermo la cura.

Macb. Si es tu ciencia tan mezquina,
da á los perros medicina,
no á los hombres. — ¡Mi armadura!

(*Le ponen la armadura.*)

Vamos, prontos. El bestou.

¿Salieron las descubiertas? (*A Seiton.*)

Ya ves que de mi escuadron (*Al médico.*)
desertan en peloton

los señores. (*Al que le pone las armas.*) ¿Y no aciertas?

¿Sabes, físico, curar
del reino la hidropesía?

¿No le pudieras purgar,
y su salud restaurar
y la pristina alegría?

Entonces si que aplaudiera
hasta el eco tu poder.

¿No habrá una droga siquiera,
sen ó ruiubarbo, que hiciera
los ingleses receder?

¿No has oido discurrir
de la guerra?

Médico. Si señor;
algo llega á traslucir
cuando así vemos reunir
la jente á son de tambor.

Macb. Traedle (*el baston.*) No temeré
ni el destierro ni la muerte;
supuesto que aun no se ve
mover á Birnam el pie
y venir hácia mí fuerte. (*Vase.*)

Médico. Si lejos de tu furor
me llegase yo á encontrar
¡oh poderoso señor!
no me hicieran retornar
ni el interes ni el amor.

ESCENA IV.

*Pais cerca de Dunsinane con un bosque á la vis-
ta. — Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, SIWARD
HIJO, MACDUFF, MENTETH, CATHRESS, ARGUS, LENOX,
ROSSE Y SOLDADOS.*

Malc. Los tiempos me parecen ya cercanos
en que gocen de paz los dormitorios.

Ment. No se debe dudar.

Siw. ¿Adónde estamos?

Ment. El bosque de Birnam, señor, es ese.

Malc. Desgajen ramas dél nuestro soldados
llevándolas delante como un velo;
asi ocultar el número logramos
de nuestra hueste.

Ment. Sí.

Siw. Que asi se haga;

parece que aun persiste confiado
en su resolucion nuestro enemigo;
y defender intenta con bizarro
denuedo á Dunsinane.

Malc. Es su esperanza;
pues donde quiera que dirige el paso
encuentra insurreccion en vez de auxilio;
ni se alza en su favor un solo brazo
que forzado no sea.

Macd. Las censuras
hasta lograr el fin suspenda el labio;
y de ardid militar y de pericia
nuestras evoluciones entre tanto
se muestren dirigidas. De la guerra
bueno será que al arte obedezcamos.

Siw. Dentro de corto término podremos
afirmar lo que somos, ó negarlo.
Inseguro relata el pensamiento
de su especulacion mentido cálculo;
pero el éxito cierto está en la espada;
marchemos, compañeros, á buscarlo.

ESCENA V.

Dentro del castillo de Dunsinane.—MACBETH, SEITON,
SOLDADOS, tambores, banderas &c.

Macb. Enarbolad al muro las banderas;
el grito militar será "ya vienen."
¿ Los traidores acaso fuerza tienen
para un asedio tal? En torno moren
hasta que pestes y hambres los devoren.
Si auxilio no les dieran los malvados,
los cobardes pasados,
yo audazmente en el campo los buscara
y sus filas rompiera cara á cara.

(*Suenan dentro gritos de mujeres.*)

¿Quién grita? ¿quién se queja?

Seiton.

Son mujeres

que claman de temor... (*Sale.*)

Macb. Casi se me ha olvidado ya el sabor
de suspiros y lágrimas. Fue un tiempo
en que yertos quedaban mis sentidos
al escuchar nocturnos alaridos;
y herizábame el pelo la pavura
de cualesquiera lúgubre lectura;
pero me harté de horror en mis banquetes;
la misma execración no me amedrenta
que en mi dañado pecho se alimenta.
¿Quién gritaba?

Seiton.

Señor, la reina ha muerto.

Macb. Tránsito prematuro;
murió muerte temprana...
Mañana... ¡Sí! ¿Tal vez ese mañana
no se arrastra con paso imperceptible
y se encarna en el hoy de cada día?
Las horas le abren via
hasta los lindes últimos del tiempo;
todos nuestros *ayeres*, alumbraban
mientras raudos pasaban,
con su luz moribunda,

por el sendero de la huesa inmunda.
¡ Afuera, luz umbría,
afuera! huye de mí, breve hujía;
que es la vida no mas sombra ambulante;
infelice histrion, que corto instante
se ajita y mueve con fugaz ingenio,
en finjido proscenio;
y no queda dél luego ni aun memoria:
ó estrepitosa historia
por un idiota con calor contada,
entre jestos y voces inclementes;
hasta que al fin descubren los oyentes
que la conseja no les cuenta nada.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. *Entra* UN MENSAJERO.

Macb. Habla pronto, cualquier sea tu mensaje.

Mens. Yo lo he visto, señor; y aun se recela
la razon de la vista.

Macb. Acaba, acaba.

Mens. Mientras estaba yo de centinela
y desde la colina examinaba
el lado de Birnam, pensé que via
moverse la espesura y que venia
el bosque hácia nosotros.

Macb. (*Golpeándole.*) ¿Embustero!
¿Esclavo mentidor!

Mens. Yo sufriria

con paciencia, señor, vuestros enojos,
si infieles atalayas son mis ojos:
á tres millas de aqui, la vista miente
ó podeis descubrir la verde frente
del ambulante bosque.

Macb. Si no es cierto,
de un arbol colgarás, hasta que yerto
del hambre quedes, seco y arrugado.
Si no me has engañado,
si tu noticia acaso es verdadera,

bien me puedes colgar de la primera rama que venga á mano.—
 Empiezo ya á dudar del negro arcano de aquella furia que en mi mal mentia y su mentir verdad me parecia.
 “No temas, si no viene á Dunsinane el bosque de Birnam.” Pero ya viene; ya una selva se acerca á mi morada; no queda mas refugio que la espada. Á las armas, soldados. No hay huida si lo que dice es cierto; ni la vida se puede ya salvar... ¡Fieros temores! Del sol me ofenden ya los resplandores. Si en mi querer tan solo consistiera, la trabazon del orbe se rompiera. Que toquen á rebato. Venga el mal; ardan tus teas, destruccion fatal; no moriré yo al menos en el lecho; que el militar harnés cubre mi pecho.

ESCENA VII.

Llanura ante el castillo.—Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, MACBETH &c. &c., con armas, trompetas y soldados con ramas.

Malc. Ya estamos harto cerca de su fuerte; arrojad el follaje y que os admiren cual en efecto sois. Mi digno tio, vos mandareis la accion; y yo al insigue Macdulf seguiré en ella y cumpliremos al par vuestros mandatos.

Siw. Si permiten los cielos encontrar hoy al tirano, ó batallamos bien, ó es imposible que ganemos el dia.

Macd. Las trompetas proclamen guerra; y que los aires libres rompan con plena voz, cual paraninfos de rencorosa muerte, los clarines.

ESCENA VIII.

Otra parte de la llanura.—MACBETH. Luego SIWARD EL HIJO.

Macb. Cual si atado me hallara á férrea argolla de rémora me sirve mi destino; si no es posible huir, lidiaré fuerte como el oso pelea. ¿Qué enemigo habrá entre los ingleses, qué soldado que de alguna mujer no haya nacido? Á ese debo temer; si no á ninguno.
(Entra Siward el jóven.)

Siw. ¿Quién eres?

Macb. Te espantara solo oírlo.

Siw. Aunque fuera tu nombre mas odioso que el mas odioso del eterno abismo, no me causara espanto.

Macb. Macbeth soy.

Siw. Pues no pudieran los infiernos mismos un nombre pronunciar mas horroroso.

Macb. Ni mas temible.

Siw. Mientes, asesino;

mi espada probará que tú mentiste.

(Pelean, y cae muerto Siward el hijo entre bastidores.)

Macb. Sin duda de mujer eras tú hijo. ¡Cuánto desprecio tengo á vuestras armas y á los aceros vuestros, y á ese brío! que á vientre mujerial debéis la vida. *(Sale.)*

ESCENA IX.

Alarinas.—MACDUFF.

Por aqui suenan voces. Si á los filos cayeras ¡oh tirano! de otra espada, si no murieras por el hierro mio, de mi esposa y mis hijos las visiones

peralguieran mis sueños de contío;
 muestra, Macbeth, el rostro; yo no puedo
 herir los miserables que vendidos
 por su ración pelean; en tu husca
 execrable, tirano, me fatigo;
 ó te atraviesa el corazon mi acero,
 ó á la vaina otra vez volverá limpio.
 ¿Por qué aqui no te encuentro en el tumulto?
 Uno de grande nota allí distingo;
 déjamele encontrar, ciega fortuna;
 déjamele encontrar; no mas te pido. (*Alarmas.*)

ESCENA X.

MALCOLM. SIWARD EL PADRE.

Siv. Por aqui, mi señor, segun parece
 penetró nuestra tropa en el castillo;
 la del tirano lucha todavia:
 los nobles bravamente han combatido;
 poco queda que hacer, nuestro es el campo.

Malc. Supuesto que la torre se ha rendido
 ocupémosla pronto.

Siv. Sí, adelante.

ESCENA XI.

MACBETH. Luego MACDUFF.

Macb. No quiero parodiar el hecho indigno
 del imbécil romano, ni en mi hierro
 buscar la muerte por temor mezquino;
 mientras vidas hubiere, en contra suya
 fulminarán mis armas.

Macd. Al conflicto
 vuelve, furia infernal, el rostro vuelve.

Macb. Solo evité lidiar, Macduff, contigo
 de cuantos luchan hoy. De tu sangre
 harta derramé ya. Ya mis sentidos,
 ya mi alma está anegada en sangre tuya.

Vuelve salvo, Macduff; vuelve; te digo,
 que no quiero mas sangre de tus venas.

Macd. Yo no tengo palabras ni sonidos;
 mi lengua es este hierro. Tú, villano,
 (*Pelean.*)

sanguinario, feroz, aborrecido...

Macb. En vano te fatigas, y mas facil
 impresion en los aires no sentidos
 hicieras con la espada que en mi cuerpo.
 En vulnerables yelmos caiga el filo
 de esa tu fuerte hoja; que un encanto
 mas robusto que tú, lidia conmigo;
 y no es dado vencerle á ningun hombre
 nacido de mujer.

Macd. ;Inmundo hechizo!
 Desespera, tirano, de tu encanto;
 y al anjel tenebroso á quien precito
 adoras todavia, decir cumpia
 como á temprana vida sustraído
 fui del vientre materno. Yo no soy
 nacido de mujer.

Macb. Labio maldito
 pronunció esas palabras que adormecen
 en mi pecho el valor. Tambien malditos
 para siempre jamas los tenebrosos
 espíritus y nunca mas creídos,
 que con dobles sentencias nos confunden
 y su oráculo cumplen al oido
 y se le niegan luego á la esperanza.

En tu contra protesto que no lidio.

Macd. Ríndete, pues, cobarde; y que á las juntas
 en férrea jaula te enseñemos vivo;
 y escrito en ella, "éste es el tirano."

Macb. Basta, basta, Macduff; yo no me rindo
 para besar la tierra que pisare
 el mancebo Malcolm y de ludíbrio
 servir y maldicion al populacho.
 Aunque el bosque de Birnam ha venido;
 y aunque tú me combatas, que no eres
 nacido de mujer, firme y altivo

probaré mi fortuna. Cubra el pecho el militar escudo; y atrevidos combatamos, Macduff; y el que dijere "basta, basta," primero, sea maldito.
(*Salen peleando.*)

ESCENA XII.

Música militar.—MALCOLM. SIWARD EL ANCIANO. ROSSE.
LENOX. ANGUS. CATHNESS. MENTETH. SOLDADOS.

Malc. ¡Ojalá los amigos que nos faltan hayan salido en bien.

Sív. Siempre es preciso que algunos desaparezcan. Sin embargo, tantos veo y tan pronto aquí reunidos, que la victoria se compró barata.

Malc. No descubra á Macduff ni á vuestro hijo.

Rosse. Vuestro hijo, señor, ha satisfecho el militar tributo. Vivió niño; y en su muerte probó que ya era hombre: blason ilustre con su sangre escrito.

Sív. ¿Ha muerto el hijo mio?

Rosse. No midamos para llorar, señor, el precio rico de la perdida joya.

Sív. ¿Sus heridas estaban en el pecho?

Rosse. Cual testigos todas en rostro y pecho de su gloria.

Sív. Sea, pues, de Dios soldado. Tantos hijos tuviera cual cabellos en la frente, no apeteciera en ellos fin mas digno; su doble postrimer ya se ha tocado.

Rosse. Merece mas dolor; mi pecho amigo le bañará de lágrimas.

Sív. Ya basta.

Si bizarro y valiente satisfezo su escuela militar, Dios le reciba. Mejores nuevas son las que aquí miro.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. MACDUFF con la cabeza de MACBETH en una lanza.

Macd. Salve, Malcolm: al cielo soberano plago que la cabeza del traidor, derribada cayese por mi mano: libres son ya los tiempos y el honor.

Tc rodea de Escocia la nobleza; y en los pechos de todos pienso oir, el título sagrado que á tu alteza unánimes quisieran conferir.

En los labios resuena el eco santo que guarda receloso el corazon: perdonad si á vosotros me adelanto.
¡Que viva el rey!

Todos. ¡Que viva el rey Malcolm!
(*Trompetas &c.*)

Malc. No prodigaré el tiempo, caballeros, ni al honor olvidando y la virtud, sus instantes huirán de mí lijeros sin que los selle dulce gratitud.

Yo os concedo, guerreros denodados, los títulos de condes y el blason; los primeros que Escocia coronados vió con tan merecida distincion.

Cuanto hay demas que hacer, llantar al seno de su patria querida y á su hogar, los míseros proscriptos, que el veneno ó el parricidio atroz logró ahuyentar;

Y hoy mendigan con fiera pesadumbre sustento amargo y con fatal jemir; y al recordar su patria, viva humbre se ve en sus ojos por el llanto bendir;

Mandar que á los secunaces pronta se haga justicia del tirano y su mujer; la cual se dice que en la propia daga vino al fin cual suicida á perecer;

Y lo demas, en fin, que os sea debido,
en coyuntura propia y en sazón,
será con el favor de Dios cumplido
cual anhelo con recto corazón.

Para bien de mi pueblo la corona
acepto que de Duncan heredé:
os convido, señores, para Escona;
y ante vosotros juramento haré.

(Trompetas &c.)

FIN DEL DRAMA.